

El portero de noche del edificio Deauville oyó el ruido de los pasos furtivos bajando la escalera. Era la una de la madrugada y la finca estaba silenciosa.

—¿Entonces, Raimundo?

—Vamos a esperar un poco —contestó el portero.

—No llegará nadie más. Ya duermen todos.

—Una hora más.

—Mañana tengo que levantarme temprano.

El portero fue hasta la puerta de cristal y miró hacia la calle vacía y silenciosa.

—De acuerdo. Pero no puedo tardar mucho.

En la octava planta.

La muerte se consumó en una descarga de gozo y alivio, expe-
liendo residuos excrementicios y glandulares —esperma, saliva,
orina, heces—. Se apartó asqueado del cuerpo sin vida sobre la
cama al sentir su propio cuerpo contaminado por las inmundi-
cias expulsadas de la carne agónica del otro.

Fue al baño y se lavó bajo la ducha. La marca de un mordisco
en su pecho aún sangraba un poco. En el armario de la pared ha-
bía yodo y algodón, que sirvieron para una cura rápida.

Recogió su ropa de la silla y se vistió, sin mirar al muerto,
aunque tenía la aguda conciencia de su presencia sobre la cama.

No había nadie en la portería cuando salió.

El hombre conocido por sus enemigos como Ángel Negro entró en el pequeño ascensor, que ocupó totalmente con su cuerpo voluminoso, y salió en el tercer piso del Palacio del Catete. Caminó diez pasos por el corredor en penumbra y se detuvo ante una puerta. Dentro, en la modesta habitación, vestido con un pijama a rayas, sentado en la cama con los hombros arqueados, los pies a escasos centímetros del suelo, estaba el hombre que él protegía, un viejo insomne, pensativo, quebrantado, llamado Getúlio Vargas.

Después de escuchar atentamente si provenía algún ruido de aquella habitación, el Ángel Negro retrocedió y apoyó la espalda contra una de las columnas corintias simétricamente dispuestas en la balaustrada tetragonal de hierro que rodeaba la abertura central del vestíbulo del Palacio, a aquella hora silencioso y oscuro. Debe de estar durmiendo, pensó.

Después de cerciorarse de que nada anormal sucedía en la planta residencial del Palacio, Gregório Fortunato, el Ángel Negro, jefe de la guardia personal del presidente Getúlio Vargas, bajó la escalera hacia la oficina de asesoría militar, en los bajos, comprobando durante el trayecto si los guardias se mantenían en sus puestos, si el Palacio de las Águilas estaba tranquilo.

El mayor Dornelles conversaba con otro asesor, el mayor Fiti-paldi, cuando Gregório entró en la oficina.

El jefe de la guardia personal, después de examinar con los dos asesores militares el plan de seguridad que adoptarían en la visita del presidente al Jockey Club el domingo, día del Gran Premio de Brasil, se fue a su habitación.

Sacó el revólver y el puñal que siempre llevaba consigo, los colocó sobre la mesita y se sentó en la cama, donde había varios diarios.

Leyó los titulares, aprensivo. Aquel año había empezado mal. Ya en febrero, ochenta y dos coroneles, apoyados por el entonces ministro de la Guerra, general Ciro do Espírito Santo

Cardoso, habían divulgado un reaccionario manifiesto de golpe de Estado, criticando las huelgas de los trabajadores y hablando astutamente del coste de la vida. El presidente había destituido al ministro traidor, sin tener otro general de confianza para poner en su lugar. Gregório sabía que el presidente no creía en la lealtad de nadie más en las Fuerzas Armadas desde que el general Cordeiro de Farias, que siempre había comido de su mano como un perrito, lo había apuñalado por la espalda en 1945. Pero finalmente había tenido que colocar en el Ministerio de la Guerra a un hombre en el que tampoco confiaba, el general Zenóbio da Costa, aceptado sin restricciones por los militares porque había sido uno de los comandantes de la Fuerza Expedicionaria Brasileña que había luchado al lado de los americanos en la guerra. Para apaciguar a los militares, se había visto obligado a exonerar del Ministerio del Trabajo a su amigo Jango Goulart. Todo eso había pasado antes de que febrero terminara. Sí, había sido un principio de año malo, pensó Gregório. En mayo, los golpistas habían intentado el *impeachment* del presidente y el traidor João Neves había ayudado a propagar mentiras sobre un acuerdo secreto entre Perón y Getúlio. Gregório no olvidaba lo que João Neves le había dicho, cuando era aún ministro de Relaciones Exteriores:

—No meta la nariz donde no le llaman, sucio negro.

Y eso solo porque él, Gregório, había intentado establecer un contacto directo entre el presidente y el emisario del presidente argentino. Además, en mayo, el entierro de un periodista muerto a puñetazos por un policía conocido como Coz de Mula había sido usado como pretexto para una marcha contra el gobierno por los seguidores fanáticos del Cuervo, los «linterneros», una banda de golpistas que se reunían en el llamado Club de la Linterna, apoyados por las «mal-amadas», una asociación de amas de casa históricas. En julio, la canalla de la Unión Democrática Nacional, los udenistas, siempre con propósitos de golpe de Estado,

se había inventado una conspiración comunista. Detrás de todo se notaba la mano siniestra del Cuervo.

Sobre la cama yacía un ejemplar de *Última hora*, el único diario importante que defendía al presidente. En la primera página, una caricatura de Carlos Lacerda. El artista, acentuando las gafas de montura oscura y la nariz aguileña del periodista, había dibujado un cuervo siniestro sobre una vara. El Ángel Negro levantó el brazo y clavó con fuerza el puñal en el dibujo. La hoja atravesó el periódico y las sábanas, perforó el colchón y acabó produciendo un sonido escalofriante cuando topó con uno de los muelles de acero.

Gregório metió el revólver en la funda de la cintura y el puñal en la vaina de cuero. Se puso la americana y salió de la habitación.

Al amanecer de aquel día 1 de agosto de 1954, el comisario de policía Alberto Mattos, cansado y con dolor de estómago, se tomó dos antiácidos. Mientras masticaba las pastillas hojeó el libro de Derecho civil que estaba sobre la mesa. Siempre había sido un pésimo alumno de Derecho civil en la universidad. Tendría que estudiar a fondo aquella materia si quería aprobar las oposiciones a juez en noviembre. Conectó la pequeña radio que siempre tenía a su lado. Giró el selector y se detuvo cuando oyó una voz diciendo: «La televisión me fue negada por el señor Assis Chateaubriand, con quien hoy el gobierno hace alianzas con el mismo desplante y cinismo con que ayer mandaba expulsarlo como traidor a la patria».

Llamaron a la puerta.

—Entre —dijo el comisario.

El detective Rosalvo, que solía trabajar con Mattos en las guardias, entró en el despacho. El comisario estaba convencido de que Rosalvo no aceptaba sobornos de los *bicheiros* —las casas de apuestas—, ni de los españoles que explotaban la prostitución.

Pero de hecho Rosalvo era un «come-callado», en la jergonza policial un pasma que se corrompía de forma disimulada, sin que los compañeros lo supieran.

—¿Oyendo a Lacerda, doctor? La marea de lodo cada vez se extiende más. ¿Ha visto la palabra que se ha inventado el tipo? Kakistocracia, el gobierno de los peores elementos de la sociedad. Los kakistócratas van a perder las elecciones. Sarazote va a ganar en Ceará, Meneghetti en Rio Grande do Sul, Pereira Pinto en Rio, Cordeiro de Farias en Pernambuco. El pueblo ya no tiene confianza en Getúlio. ¿Ha visto el esquema que Etelvino ha preparado para las elecciones presidenciales? Una lista Juárez-Juscelino, ahí lo tiene.

—¿Qué quieres?

—Ya ha llegado el café de los presos —dijo Rosalvo—, usted pidió que le avisara.

En dos celdas con capacidad prevista para ocho presos había treinta hombres. Las celdas de todas las comisarías de la ciudad tenían exceso de presos esperando vacantes en los presidios, unos a la espera de juicio, otros ya condenados.

Mattos consideraba aquella situación ilegal e inmoral y había intentado promover un movimiento huelguista en el Departamento Federal de Seguridad Pública (DESP): los agentes dejarían de trabajar hasta que todos los presos fuesen transferidos a penitenciarías. El comisario no había conseguido el apoyo de sus colegas. Las penitenciarías también estaban llenas y la huelga propuesta por Mattos no tendría ninguna consecuencia práctica, tan solo una repercusión negativa. Mattos insistía en que ese era precisamente el objetivo preliminar de la huelga, llamar la atención de la opinión pública y obligar a las autoridades a buscar una solución al problema. «Una utopía loca —le había dicho el comisario Pádua—. Te has equivocado de profesión.»

Los asesores jurídicos del DESP habían recibido órdenes de encontrar una manera legal de destituir a Mattos, pero lo más que

conquistaron fue suspenderlo por treinta días. El jefe Ramos, titular de la comisaría donde Mattos trabajaba, había evitado, gracias a sus amistades en Jefatura, que Mattos fuera transferido a la comisaría de Brás de Pina, como quería el grupo de corrompidos para castigarlo. Esa comisaría, además de lejana, tenía unas instalaciones precarias y el mayor índice de casos policiales, inmediatamente por debajo de la del 2.º Distrito, el de Copacabana.

No es que Ramos quisiese proteger a Mattos, usaba su nombre para amenazar a los del *bicho*, los corredores de apuestas. En una ocasión, Rosalvo, el detective, había sorprendido a Ramos intimidando a uno de los corredores de apuestas:

—Voy a enviarte al comisario Alberto Mattos para que te cierre todos tus chiringuitos, ¿me oyes?

Cuando el corredor se retiró, Rosalvo le dijo al jefe:

—Si el doctor Alberto Mattos descubre que está usando su nombre, lo mata.

Ramos palideció.

—¿Pero cómo se va a enterar? Los corredores no están tan pirados como para contárselo. Solo se puede enterar por ti.

—¿Yo? Mono listo no mete la mano en agujero de calabaza —le contestó Rosalvo.

Cada comisaría tenía un poli que recibía dinero procedente del juego de su jurisdicción para que lo distribuyera entre sus colegas. Ese policía era conocido como el «cobrador». La cantidad recibida variaba en función del movimiento de los puntos y la codicia del jefe. Rosalvo, como un buen come-callado, no participaba en el reparto, pero recibía un buen pellizco directamente de los *bicheiros*, que querían estar a buenas con la mano derecha del comisario Mattos. La honestidad del comisario era vista por los infractores como una amenazadora manifestación de soberbia y demencia.

Los agentes destinados a la oficina del jefe de policía también participaban de esa complicidad. Periódicamente, algún centro

de recaudación, conocidos como «fortalezas», era invadido por la pasma, provocando siempre el mismo titular: LA POLICÍA DESTROYE LA FORTALEZA DEL BICHO. Era una manera de tranquilizar las conciencias de algunos raros segmentos escrupulosos de la opinión pública. La mayoría de la población practicaba descaradamente esa misma modalidad de infracción. Periodistas, jueces, altos funcionarios del Ministerio de Justicia, a cuya estructura pertenecía el Departamento Federal de Seguridad Pública, también eran sobornados por los *bicheiros*. La Comisaría Especializada de Costumbres, que tenía como uno de sus principales objetivos la represión del juego prohibido, era la que más sobornos recibía.

La madrugada de ese primero de agosto, Zaratini, el mayordomo del Palacio, que se despertaba siempre temprano, vio a Gregório sentado en un banco, cerca de la pequeña fuente de mármol, cuando abrió una de las ventanas que daba al jardín. Al oír el ruido de la ventana abriéndose, Gregório miró hacia arriba y vio al mayordomo. Sin contestar al saludo que Zaratini le hizo con la cabeza, se levantó y caminó en dirección al edificio donde se alojaba la guardia personal, anexo al Palacio. Eran las cinco de la mañana.

Gregório llamó a la puerta de la habitación donde dormía Manuel, el cocinero, que abrió somnoliento.

—Prepárame un mate bien caliente.

Gregório se sentó a una mesa del comedor vacío. Manuel trajo el mate. En ese instante llegó Climério Euribes de Almeida, miembro de la guardia personal del presidente y compadre de Gregório. Había salido de casa, ubicada en un suburbio lejano, aún de madrugada para poder llegar a la hora.

—¿Alguna orden, jefe?

—Ven a mi despacho —dijo Gregório ante la presencia de

Manuel, que estaba ordenando una mesa. No quería conversar sobre aquel asunto en presencia de otros. El lacerdismo era como una enfermedad contagiosa, peor que la sífilis o la gonorrea, no se sorprendería si alguno de la guardia estuviera infectado.

Ya solos en el despacho de Gregório y con la puerta cerrada, le dijo:

—¡Demonios! ¿Dónde está ese hombre de confianza? Teníamos que haber hecho el trabajo en julio y ya estamos en agosto.

Gregório estaba cansado ya de esperar que alguna de las víctimas de las calumnias del Cuervo respondiera. Todos se decían amigos del presidente, pero aparte de mofarse del Cuervo en un chismorreó estéril, lo más que hacían eran tonterías como la del hijo de Oswaldo Aranha, que con un arma en la mano le había dado un puñetazo en la cara al difamador. Pudiendo matar al Cuervo, se había contentado con romperle las gafas. Ninguno de ellos quería sacrificar la buena vida confortable que llevaban a expensas del presidente, tomando whisky en las discotecas acompañados de putas caras. Estaba claro que de aquellos zalameros cobardes no se podía esperar gran cosa. Todos se habían hecho ricos en el gobierno, pero pocos estaban agradecidos al presidente.

—Déjemelo a mí, jefe —respondió Climério nervioso.

De hecho, Climério no tenía ningún hombre de confianza para hacer el trabajo. El jefe no quería que fuera alguien relacionado con el Palacio y menos aún de la guardia personal. La única persona que había encontrado, un tipo llamado Alcino, un carpintero en paro, amigo del chivato Soares, obviamente no era una persona cualificada. Algunos días antes, Climério había ido con Soares y Alcino a una asamblea del Cuervo en Barra Mansa. El coche de Soares se averió y llegaron tarde a la asamblea.

—Ese es el hombre —había dicho Climério, señalando a Lacerda mientras hablaba. A Alcino le entraron las dudas cuando vio que Lacerda no era un desgraciado como Naval, al que Soares

le había pedido que matara porque pensaba que era amante de su mujer Nelly. Naval estaba esperando, de pie, en la estación de Pavuna; Alcino disparó y mató a un desconocido que estaba cerca de Naval, que salió totalmente indemne. Climério estaba convencido de que Alcino no servía para aquel trabajo, pero, para no perder la confianza del jefe, cuando volvió a Rio no le habló del fiasco de Barra Mansa. Se había ganado la confianza de Gregório diciéndole los nombres de los pistoleros de Lacerda, todos, o casi todos, mayores de la Fuerza Aérea: Fontenelle, Borges, Del Tedesco, Vaz. Entre ellos estaba también un tal Carrera, que Climério creía que era del Ejército, y Balthazar, de la Marina. Eran lacerdistas convencidos y llevaban armas de gran calibre. Entonces el Ángel Negro le dijo a Climério, el hombre escogido por él, que si los pistoleros del Cuervo llevaban armas del calibre 45 él tendría que hacer lo mismo.

—Jefe, no se preocupe. Me ocupo de todo —había respondido su compadre.

Ahora, pasándose los dedos por las marcas de viruela de la cara, como siempre hacía cuando estaba nervioso, repitió lo mismo:

—Jefe, me ocupo de todo.

—Pero pronto —dijo Gregório.

—Voy a ver a nuestro hombre en seguida. —Quizá Alcino, bien adiestrado, podía cumplir su cometido.

En las celdas, el comisario Mattos vio cómo los presos desayunaban y oyó sus quejas. Ese día se celebraba el Día del Preso. Por iniciativa de la Asociación Brasileña de Cárceles, se había instituido un santo patrón de los presos. La elección de un patrón, por sugerencia del cardenal don Jaime de Barros Câmara, había caído en la figura del apóstol san Pedro que, según las palabras del prelado, había sufrido en vida los horrores de la cárcel. El comisario pensó en bromear con los presos:

—Siempre quejándose con el vientre lleno. Pero si incluso tenéis un santo patrón y aún queréis más.

El disgusto que sentía cuando entró en las celdas le hizo cambiar de disposición. Si no fuera un comodón, un conformista cobarde, aprovecharía el Día del Preso para liberar a todos esos jodidos encarcelados. Sin embrago, se limitó a anotar sus quejas y volvió a su despacho.

A las once miró el reloj, ansioso porque pasaran los sesenta minutos que faltaban para que terminara la guardia. Pero en ese instante llegó una radio patrulla (RP). La Central había recibido la comunicación de un homicidio. Alberto Mattos llamó a Rosalvo para que le acompañara al local.

—Ya pasan de las once. ¿Por qué no deja el 121 para el doctor Maia?

—Aún no es mediodía.

Tomaron la vieja camioneta de la comisaría, que antes había transportado el desayuno y aún estaba sucia del café de los presos. Cuando pasaron por un bar, Mattos ordenó parar y se tomó un vaso de leche. La acidez no dejaba de morderle el estómago.

La RP les esperaba en la puerta del edificio Deauville.

Los dos policías subieron a la octava planta. En el vestíbulo había un guardia con el detective que dirigía la RP. La puerta del apartamento estaba abierta. Mattos y Rosalvo entraron en una salita y vieron a dos hombres elegantemente vestidos con trajes caros. En un espejo de la pared, el comisario vio reflejado su rostro sin afeitado, la camisa arrugada, la corbata ladeada, el traje barato que llevaba. Por el espejo reconoció a uno de los hombres, el más bajo y grueso: Galvão, el famoso criminalista. Al poco de terminar la carrera de Derecho, cuando aún no había entrado en la policía, Mattos había trabajado como asistente del defensor público y había representado a un pobre hombre que se había metido con una banda de estafadores. Galvão era el abogado del jefe de la banda. El único absuelto había sido el cliente de Mattos.

Galvão y el otro se dirigieron a Rosalvo, que iba mejor vestido que el comisario.

—Soy el detective Rosalvo —dijo este al comprender el equívoco. —Este es el comisario, el doctor Alberto Mattos.

—Galvão —dijo el abogado alargando la mano. Parecía que no le había reconocido. Una voz baja, amable, pero llena de autoridad. —Estoy aquí como amigo de la familia. Este es el doctor Cláudio Aguiar, primo de la víctima.

—¿Quién les avisó?

La rudeza de Mattos no pareció incomodar a Galvão. Sin perder su compostura de gran abogado contestó que la empleada. Había llamado a la policía y después a Cláudio Aguiar.

—Creía que la policía llegaría antes que nosotros.

—¿Cómo se llama el muerto?

—Paulo Machado Gomes Aguiar.

—¿Profesión?

—Industrial.

—¿Soltero? ¿Casado?

—Casado.

—¿Dónde está su mujer?

—En la casa de campo, en Petrópolis. Todavía no la han avisado...

—¿No la han avisado...?

—Quisimos ahorrarle el horror de ver a su marido asesinado, de la brutalidad de la investigación criminal... Es una persona muy delicada... Estaban muy unidos... —aclaró Galvão.

—¿Dónde está el cuerpo? Espero que no hayan tocado nada.

—Ni siquiera hemos entrado en la habitación.

—Me parece que usted, señor Galvão, no tiene nada más que hacer aquí. Ni el señor...

—Aguiar —dijo el primo del muerto, que había estado callado hasta entonces.

Pero el abogado y el primo seguían sin moverse. Mattos se aflojó un poco más el cuello. Tragó saliva. Resopló.

Galvão se metió la mano en el bolsillo de la americana. De una cartera de cuero sacó una tarjeta.

—Si necesita algo...

El comisario se guardó la tarjeta en el bolsillo.

—Dígale a la esposa de la víctima que quiero verla el lunes. En la comisaría.

—No sería preferible... —empezó Galvão.

—El lunes por la mañana.

—Muy bien.

Galvão tocó ligeramente el codo de Aguiar, que apartó el brazo.

—Vamos —dijo el abogado con su voz ronca.

—Otra cosa —dijo Mattos—, antes de salir dígame a la empleada que encontró el muerto que venga a hablar conmigo.

Una mujer de cuarenta años, de uniforme negro con delantal blanco y una especie de cofia en la cabeza, apareció en el vestíbulo.

—¿Como se llama?

—Nilda.

—¿Dónde está el cuerpo?

Mattos y Rosalvo siguieron a la empleada.

—Espere fuera, Nilda.

El muerto, un hombre de unos treinta años, grande, musculoso, delgado, estaba tendido sobre la cama totalmente desnudo. En el rostro, varios hematomas. Marcas en el cuello. Las sábanas estaban manchadas de sangre, materia fecal y orina. Los dos policías se movieron cuidadosamente por la habitación para no destruir los posibles indicios. Mattos empujó con el codo la puerta entreabierta del cuarto de baño, no quería mezclar sus huellas digitales con las que pudiera haber. Un espejo grande ocupaba toda la pared, por encima de una superficie de mármol sobre la que descansaban frascos de perfume, cepillos, jaboncillos y otros ob-

jetos. Con el codo, el comisario retiró la cortina de la ducha. Cuando examinaba, sin tocarlo, un jaboncillo con algunos cabe-
llos cortos, un resplandor llamó su atención. Se puso de rodillas.
Era un anillo ancho de oro. Se lo metió en el bolsillo de la ameri-
cana sin que Rosalvo se diera cuenta. El anillo hizo un leve tinti-
neo al chocar con el diente de oro que Mattos siempre llevaba.
Cuando comprendió que el anillo había tocado el diente, le asaltó
una sensación de asco: impulsivamente, el comisario cambió el
diente al otro bolsillo casi dejándolo caer al suelo.

—Llama al Departamento de Exámenes Periciales y pide un
examen —dijo Mattos, intentando esconder su momentánea
confusión.

—¿Al Instituto Médico Legal también? —preguntó Rosalvo.

—Sí, claro.

Rosalvo se acercó a la mesilla de noche, donde había un te-
léfono.

—Ese no. Puede tener huellas.

Nilda esperaba en la puerta de la habitación.

—¿Hay otros empleados en la casa?

—La cocinera y el criado. Están en la cocina.

El comisario, acompañado por Nilda, fue hacia la cocina. Una
mujer gorda con un delantal y un hombre vestido con pantalones
listados y chaleco negro, sentados a una mesa, se levantaron asus-
tados.

—Esperen fuera. Voy a hablar con Nilda. Después los llamaré
—dijo el comisario, cerrando la puerta.

—¿Fue usted la que llamó a la policía?

—Sí —dijo con la voz temblorosa. Era otra de las cosas des-
agradables de ser policía: cuando no sentía odio, la gente tenía
miedo de él.

—¿Cómo descubrió el cuerpo de su amo? No se apresure.

—Fui a llevarles el desayuno, llamé y nadie contestaba...

—Les, ¿a quién?

—Al doctor Paulo y a doña Luciana.

—¿La mujer no se había marchado?

—Yo no lo sabía. Se había ido por la tarde y no lo sabía.

—¿Quién se lo dijo?

—El primo del señor, el doctor Cláudio.

—¿Y después?

—El doctor Paulo se despierta temprano y pensé que había salido ya y que doña Luciana estaba en el baño. Entonces abrí la puerta y... vi aquello... huí...

—¿Y después?

—Llamé a la policía... y en seguida al doctor Cláudio...

—¿Qué hora era?

Silencio. Rosalvo entró en la cocina.

—¿Eran las once?

—¿Las once? No... No me acuerdo...

—Miente, Nilda...

La empleada se echó a llorar.

—No hay motivo para que llore. Tranquila. No le voy a hacer nada. Pero tiene que dejar de mentir. Si deja de mentir no voy a enfadarme. Usted dijo que su patrón se despierta temprano. Supongamos que llegó con el desayuno a eso de las ocho. Vio a su patrón muerto. No sabía qué hacer y pensó en el primo de su patrón y le llamó y él le dijo que esperara, que no hiciera nada, que vendría en seguida. Entonces el primo del señor llegó con el abogado, aquel señor bajito con voz baja y el bajito dijo que esperara un poco más antes de llamar a la policía y usted hizo lo que le mandaron. ¿Verdad que fue así?

—Sí.

—Puede dejar de llorar. No estoy enfadado con usted.

—El doctor es una persona fina, no es un kakistócrata —dijo Rosalvo.

—Entonces, entre descubrir a su patrón muerto y llamar a la policía pasaron unas tres horas.

—Ahí está el meollo —dijo Rosalvo.

—Quiero que me diga lo que el primo de su patrón y el abogado hicieron durante ese tiempo.

Finalmente Mattos consiguió poner en orden las ideas de Nilda y saber lo que había pasado. Galvão y Aguiar habían tardado en llegar. Mientras, Nilda había informado a la cocinera y al criado de lo que había descubierto, pero ninguno de los dos tuvo coraje para ir a ver al muerto. Cuando los visitantes llegaron, fueron en seguida a la habitación, pero se quedaron poco tiempo allí. Nilda no entró con ellos. Aguiar salió muy nervioso y Galvão le dijo varias veces que se tranquilizara y le pidió a Nilda que hiciera café fuerte. Cuando ella trajo el café, Aguiar estaba sentado en el sofá del salón con la cabeza entre las manos, como si estuviera llorando. Galvão había hecho varias llamadas, mencionando algunas veces el nombre de doña Luciana.

—¿No iré a la cárcel? —preguntó Nilda cuando vio que el comisario anotaba su nombre en un bloc.

—No, no irá. Quizá ni siquiera la necesite más. Tranquila. Que venga la cocinera.

Ni la cocinera ni el criado sabían nada útil.

—¿Me trae un vaso de leche, por favor? —dijo Alberto Mattos a la cocinera.

—¿Quiere también unas galletas?

—No, gracias, solo la leche.

Mattos había acabado de hablar con el criado cuando llegaron los hombres del Departamento de Exámenes Periciales (DEP). El experto era Antônio Carlos, un técnico que Mattos respetaba por sus conocimientos. El comisario le dijo que Galvão y un primo de la víctima habían entrado en la habitación y le pidió que comprobara si algún indicio podría haber sido destruido.

—No creo que Galvão hiciera algo así —dijo el experto.

—¿Ni para proteger a un cliente?

—Hombre, visto así, no sé... Un abogado es un abogado...

Los hombres del DEP hicieron fotos, tomaron impresiones de las huellas digitales y papiloscópicas de la estatuilla, de las puertas, del teléfono y de la mesilla de noche. Junto con el comisario abrieron cajones y armarios, inventariaron el material que se llevarían, las sábanas, la ropa del muerto que estaba sobre una silla, una agenda de cuero brillante y el jaboncillo con pelos.

—Esto se queda conmigo, por el momento —dijo Mattos, guardando la agenda.

Los de las pompas fúnebres cargaron el muerto en una caja de metal machacada y sucia. Los expertos salieron tras ellos.

—¿Puedo irme? —preguntó Rosalvo—. Hoy es el cumpleaños de mi mujer.

—Márchate.

El criado, al fondo de la sala, tosió.

—¿Podemos marcharnos?

—Vale más que esperen a la señora hasta que llegue de Petrópolis.

Al salir, Mattos habló con el portero que estaba en la finca durante el día. A las seis dejaba el servicio y era sustituido por Raimundo Noronha. Pero Raimundo había salido.

—Dígale que vaya a la comisaría cuando pueda. Quiero hablar con él.

Cuando llegó a la comisaría, hizo el parte y pasó el servicio al comisario Maia, que iba a sustituirlo. En ese momento, el jefe Ramos, que raramente iba a la comisaría en domingo, entró en la sala.

—¿Todo bien en la guardia, doctor Mattos? ¿Algo en especial? —preguntó Ramos.

—Todo está anotado —respondió el comisario secamente.

Ramos cogió el registro. —Un homicidio... Vaya, un hombre importante... Un figurón... ¿Ya lo sabe la prensa?

Galvão le debe haber llamado, pensó Ramos.

—Autor o autores desconocidos... —continuó Ramos. Dejó

el registro de nuevo sobre la mesa. Como siempre hacía cuando estaba indeciso y nervioso, empezó a jugar con el anillo de fin de carrera, de oro con un rubí en el centro y dos figuras en alto relieve a ambos lados, una báscula y una tabla de la ley.

—¿Tiene alguna pista?

—Me marcho a casa. Cuando descubra algo le informaré.

Cogió el revólver que siempre dejaba en el cajón cuando estaba de guardia, lo colocó en la pistolera del cinturón y salió.

Llamaron a Gregório al teléfono varias veces, pero después de la comida solo atendió tres llamadas.

La primera llamada decía:

—Es sobre el permiso de la Cexim. Es necesario que hable con usted hoy.

—Hoy no puedo —contestó Gregório.

—Es muy importante, teniente. Vale más que hablemos. No es solo por mi interés. También a usted le interesa.

—No me fuerces, Magalhães. Hoy no estoy de buen humor.

—No estoy forzando nada, no me malinterprete, pero pasó algo grave, el presidente de la Cemtex...

—Hoy es domingo, no puedo hacer nada. Dentro de poco tengo que acompañar al presidente al Jockey Club. Llámame mañana —dijo Gregório secamente, colgando el teléfono.

La segunda llamada:

—¿Cuándo se hará el trabajo?

—Uno de estos días —contestó Gregório. —Tranquilo, no quiero riesgos inútiles.

—Si le pasa algo, que no lo creo, ya que sé que usted actuará con la prudencia necesaria para evitar cualquier dificultad, depositaré la cantidad convenida a su nombre en el extranjero. Será un hombre rico. Muy rico. Confíe en mí, tal como yo confío en usted.

La tercera llamada:

—¿Cuándo se va a encargar del tipo?

—Uno de estos días, doctor Lodi.

Euvaldo Lodi era diputado federal y un importante líder de la Federación de Industrias.

A las tres de la tarde, el jefe del Gabinete Militar de Presidencia, el general Caiado de Castro, llegó al Palacio del Catete. Poco después llegó el ministro de Hacienda, Oswaldo Aranha. Ambos fueron introducidos en el despacho del presidente. Poco después de las cuatro, la comitiva presidencial, formada, entre otras personas, por el general y el ministro, entró en los coches que esperaban en los jardines del Palacio. El mayor Dornelles se sentó junto al chófer en el vehículo que transportaba al presidente y a su esposa, doña Darcy.

Gregório dio instrucciones a los escoltas de la Policía Especial. Hizo un gesto a Dornelles para que la comitiva partiera. Su vehículo, ocupado por otros tres miembros de la guardia personal, seguía inmediatamente al coche del presidente. Precedida por las motos de los escoltas de boina roja, la comitiva salió por la entrada de la calle del Catete en dirección al Hipódromo de Gávea.

Como Gregório temía, el presidente fue abroncado cuando el locutor del Jockey Club anunció su llegada por los altavoces. El presidente fingió no oír los silbidos que provenían de las tribunas de los VIP. De las tribunas populares no vino ningún aplauso, ningún apoyo. ¿Es así como el pueblo trata al doctor Getúlio?, pensó Gregório. ¿Después de todos los sacrificios que había hecho y hacía por los pobres y humildes?

Durante el Oporto de honor, servido por la dirección del Jockey después de la carrera, el Ángel Negro, con la expresión turbada, se colocó detrás del presidente, acariciando el mango del puñal que llevaba en el cinturón, oculto por la americana.

Mattos vivía en la octava planta de un edificio de la calle Marquês de Abrantes, en Flamengo. Un pequeño piso interior, con salón, dormitorio, baño y cocina. El baño era la mejor pieza de la casa, espacioso, con una enorme bañera antigua, con pies de metal reproduciendo las patas de un animal. En el salón había tan solo una mesa con dos sillas, una estantería llena de libros y una mesita con un gramófono y estanterías para discos. Sobre la mesita descansaba un álbum de discos de 78 revoluciones, entre ellos *La Traviata*, y otro con *La Bohème* en un *long-play*, además de los respectivos libretos en italiano. El dormitorio también era pequeño: tenía un sofá-cama Drago y una mesilla con una lámpara de lectura.

A pesar de ser agosto, hacía calor en el apartamento y estaba mal ventilado. La ventana de la habitación daba a un pequeño patio interior. El vecino de enfrente discutía con su mujer. Mattos podía verlos y oírlos haciendo gestos y gritando. Cerró la ventana, encendió la luz y enchufó la radio. Luego se quitó la americana y la corbata, colocó el revólver sobre la mesa, abrió el sofá-cama y se tumbó con pantalones y zapatos. Estaba acostumbrado a dormir vestido.

Le despertó el timbre del teléfono. El locutor de la radio decía:
—El Presidente de la República, doctor Getúlio Vargas, acaba de llegar al Hipódromo de Gávea.

Cogió el teléfono.

—¿Me quieres ver hoy?

Era Salete. Sintió una punzada breve de deseo, que pasó en seguida. No era un buen día. Además, la acidez lo estaba matando.

—Estoy cansado.

—¿No estabas pensando en mí?

—Ahora no pienso en nada.

—Los de la policía siempre piensan en alguna cosa. No seas malo.

—Estoy muy cansado.

—Vengo y te pondrás mejor...

El policía volvió a escuchar la radio. *Aragonés*, montado por L. Rigoni, había ganado el Gran Premio de Brasil. Él habría apostado por *Joiosa*, debido al misterio del nombre: ¿*joyo*, *joya*, *joyeuse*? ¿O la espada del Cid Campeador y otros caballeros ilustres? Pero la yegua llegó en segundo lugar. Tenía que descubrir al autor de un asesinato y estaba escuchando una carrera de caballos... Cogió el libro de Derecho civil. Como policía, metía gente en la cárcel; como juez, iba a hacer que se pudrieran en un calabozo inmundado de comisaría. Grandes perspectivas. Le dio ganas de lanzar el libro contra la pared. Si empezaba a lanzar libros contra las paredes es que estaba realmente chiflado. ¿Volver a trabajar como abogado? Su último cliente le había dado una gallina como pago por sus honorarios. Bueno, en realidad fue la madre, porque el cliente estaba en la cárcel. Una mujer infeliz, como las madres de todos los criminales que eran capturados. La pobre mujer había decidido que debía pagarle de alguna manera. Se acordaba de su cara feliz cuando le dio la gallina, viva, envuelta en un periódico, con las patas atadas con una cuerda.

Le había contado el caso a Alice. Su antigua novia se había sorprendido. Vivía en otro mundo, donde no había gallinas con las patas atadas envueltas en periódicos. Alice.

Alice.

Se quitó la camisa y volvió a dormirse.

Se despertó con el timbre de la puerta.

—Me gustas así, sin camisa —dijo Salete abrazándolo.

Mattos se libró del abrazo, fue a la habitación y se puso la camisa sucia de la guardia.

—Si quieres, podemos ir al cine São Luiz.

—No quiero ponerme americana y corbata.

—Entonces vamos al Polyteama. En aquel antro no hace falta llevar americana y corbata.

—No me gusta el cine.
—Antes te gustaba. —Salette cogió la pistolera con el revólver, que estaba sobre la mesilla de noche—. La peli es *El diablo ríe el último*. Tú lo tienes en el cuerpo. —Una sonrisa indecisa.
—Deja el arma, por favor.
—Ya sabes que me gusta coger el revólver.
—¿Quieres hacerme el favor?
Salette colocó el revólver sobre la mesilla.
—Hoy no soy buena compañía —dijo Mattos.
—Siempre que sales de guardia estás así. Vamos a la cama que te pongo bien.
—Tengo que bañarme.
—¿Pero tienes agua?
—Hoy sí. Ahora es un día sí, un día no.
—Te preparo el baño.
Mientras Salette llenaba la bañera, Mattos se quedó leyendo el libro de Derecho civil.
—Ya está, puedes venir —gritó Salette.
—¿Por qué vas toda vestida de negro?
—¿No sabes que está de moda? ¿Nunca oíste hablar de Juliette Greco, la musa del existencialismo?
—Voy a bañarme solo. —Mattos cogió a Salette por el brazo y, delicadamente, la empujó fuera del cuarto de baño.
El comisario estaba dentro del agua templada cuando Salette llamó a la puerta.
—¿Puedo?
—No.
Salette abrió la puerta. Vio la ropa de Mattos desordenada en el suelo.
—Una de las cosas buenas de este apartamento viejo y horrible es la bañera. Creo que también voy a bañarme. En esta bañera caben fácilmente dos personas y en mi casa hoy no ha llegado el agua —dijo Salette—. Pero antes voy a arreglar este desaliño.

Cogió las ropas del suelo, las llevó a la habitación y las puso sobre una silla. Guardó los calzoncillos en su bolso. En seguida se quitó el vestido, la combinación y, solo con las bragas, pues no usaba sostenes, fue al cuarto de baño.

Delante de Mattos, para que él pudiera ver sus gestos, Salete se quitó las bragas y entró en la bañera. Pasó las piernas alrededor de la cintura y los brazos alrededor de los hombros del comisario. Mattos sintió los pechos firmes de la chica contra su espalda.

—Deja que te enjabone.

—Estoy muy cansado.

Salete fregó la espalda de Mattos. El pecho, el vientre, el pubis.

—Vuélvete hacia mí —dijo Salete.

Parecía aún más bonita. Se había soltado el moño y tenía las puntas de los cabellos mojadas.

—¿Cuántos años tienes realmente?

—Sabes muy bien mi edad —dijo Salete, levantando una de las piernas de Mattos, haciendo así que se sumergiera de espaldas en la bañera.

—Necesitas cortarte las uñas de los pies.

—Dices que tienes veintiuno, pero yo creo que tienes dieciocho.

—Me pones menos edad porque piensas que soy tonta.

—Eres lista e inteligente.

—El otro día dijiste que era burra.

—Eres analfabeta. Eso quería decir.

—Sé leer muy bien. Te lo mostraré cuando salgamos de la bañera.

—¿Por qué no me enseñas el carné?

—Para que no veas la foto, salgo muy fea.

De la bañera se fueron a la cama. Durante un rato él se olvidó de todo, de los miserables y jodidos criminales, de las jodidas víctimas, de los jodidos polis corrompidos, de los jodidos polis honestos.

—¿Quieres que lea para ti? ¿Sirve este libro que nunca te deja?

—Sirve.

—Artículo 544. El álveo abandonado de un río del dominio público o privado pertenece a los propietarios ribereños de las dos márgenes sin que los dueños de las heredades por donde el río abriere nuevo cauce tengan derecho a indemnización alguna. Se entiende que...

—Déjalo. Lees como un adulto.

—Los abogados hablan entre sí de una manera muy extraña. No sé cómo puedes aguantar este libro.

—Odio esa mierda.

—Álveo. ¿Qué caray es eso?

—Álveo abandonado. Es la depresión de terreno que servía anteriormente de lecho a un río.

Saleta rió:

—¿Los ríos cambian de lugar?

—Dudar es señal de inteligencia. No encontrar respuestas es señal de ser burra. Así eres tú.

—Soy burra, pero no duermo en un sofá-cama Drago.

Comprendiendo que había irritado al comisario, Saleta le dijo que necesitaba comprar una cama decente.

—No es tan cara como parece. ¿Sabes una cosa? Te voy a regalar una cama.

—¿Tu coronel te ha dado hoy la pasta? ¿Por eso has venido?

—Él no es mi coronel.

—¿Qué es entonces?

—No me gusta esa palabra.

—¿Qué es él, entonces?

—Es una persona que me ayuda.

—Casa, comida, ropa, pasta para el peluquero, para ir de tiendas, la discoteca.

—Si quieres, lo dejo y vengo a vivir contigo.

—¿Y las juergas en el Night and Day, en Le Gourmet, en el

Vogue, en el Ciro? ¿Prefieres vivir con un policía honesto en vez de con un ladrón rico?

—Magalhães no es un ladrón.

—¿Que no es un ladrón? ¿Cómo puede un funcionario del gobierno tener toda esa pasta? Te regaló un apartamento en la playa, un coche, fue de viaje a Europa contigo, te pagó un buen dentista que te arreglara la boca.

—Yo no soy culpable de que tus dientes sean tan malos que no tengan arreglo.

—Ese tipo es una rata.

—No me gusta oír hablar de él de esa manera. Luiz es buena persona.

—Entonces márchate. Estás aquí porque quieres.

Salete salió de la cama. Se quedó quieta, erguida y desnuda al lado de la cama, sin saber qué decir. Ella acostumbraba a decir que no tenía en las caderas esas dos pulgadas de más que habían impedido que Marta Rocha fuera elegida Miss Universo. La belleza del cuerpo desnudo de Salete hacía aún más doloroso el disgusto que Alberto Mattos veía en su rostro.

El comisario cerró los ojos. Oyó que Salete decía:

—Me voy.

Oyó cómo se vestía y añadía:

—¿Por qué me haces esto?

Luego oyó la puerta de la calle cerrándose.

Abrió los ojos.

Había una mancha oscura en el techo de la habitación. Probablemente una infiltración del piso de arriba. Llevaba allí mucho tiempo, pero era la primera vez que se daba cuenta.

Salió del sofá-cama. Buscó la agenda de teléfonos que había cogido del apartamento de Gomes Aguiar. Reconoció algunos nombres. En la letra G, Gregório Fortunato. En la letra V, Vítor Freitas, seguido de la palabra senador, entre paréntesis. Mattos había oído hablar del influyente senador del PSD. Pero lo que le

interesó más estaba en la letra L: Luiz Magalhães. El nombre del tipo que estaba con Salete.

Sacó el anillo que había encontrado en el cuarto de baño del muerto del edificio Deauville. Lo examinó con atención, por primera vez. En la parte interior tenía grabada la letra F.